

SUEÑOS DE ZIRCONIO

“¡Buah que alucine! ¡No puedo creer que cogieseis a ese tipo, seguro que iba a...a...a mil millones de kilómetros hora!”-Eso decía mi hijo con entusiasmo, al mismo tiempo que golpeaba el plato de guisantes con la cuchara. Le encanta que le cuente cosas del trabajo, y a mí me encanta ver esa cara infantil y rechoncha de asombro que se le queda cuando esas cosas son atracos, persecuciones, tiroteos, y en resumen, todo lo que para un niño de su edad es algo ficticio que solo pasa en las películas, y donde no se puede morir cualquiera en un instante-”Bueno hijo, tampoco iba tan rápido”, “Pero seguro que no hay nadie más en la patrulla que pudiese haber hecho eso”, “Te aseguro que hay muchos más, todos estamos muy preparados”, “Sí, pero tú eres el mejor, y por eso de mayor quiero ser un policía como tú, porque así podré aprender del mejor y llegar a ser un buen policía”, “Y estoy seguro de que lo serás, pero no si no te terminas los guisantes”, “¡Pero papá, ya sabes que no me gustan estos guisantes, son congelados, los de mamá sí me los como!””, “Mira, me tengo que ir a trabajar ya, y si no te los comes le tendré que decir a mi jefe que no te meta en la patrulla cuando llegue el momento”, “Vale, vale, me los comeré, pero no le digas nada al jefe”, “Prometido”- Le dí un beso en su cabeza sin pelos y salí del hospital profundamente apenado, porque estaba seguro de que si no le quedaran tan solo unas semanas sería mejor policía que yo, y entonces no le habría mentido.